

CAPÍTULO XVII.

De algunas fuentes de la poesía en las naciones democráticas.

Se han dado mui diversas significaciones á la palabra poesía, y seria inútil fatigar á los lectores averiguando cuál de estos diversos sentidos le conviene con preferencia; diré, pues, el que mejor me ha parecido.

La poesía en mi opinion es la pintura de lo ideal. El que cercenando una parte de lo que existe, agregando al cuadro algunos rasgos imaginarios, combinando ciertas circunstancias reales, pero cuyo concurso no se encuentra, completa y engrandece

la naturaleza, este es poeta. Así, la poesía no tendrá por objeto representar la verdad, sino adornar y ofrecer una imagen superior al espíritu.

Los versos que me parezcan como el bello ideal del lenguaje, serán en este sentido eminentemente poéticos, pero por sí solos no constituirán la poesía. Ahora voy á averiguar si entre las acciones, sentimientos é ideas de los pueblos democráticos se encuentran algunas que se presten á la imaginación de lo ideal, y que deban considerarse por esta razón como fuentes naturales de la poesía.

Desde luego es preciso reconocer que el gusto por lo ideal y el placer que se experimenta al ver la pintura, no es tan vivo ni se estiende tanto en un pueblo democrático como en el seno de una aristocracia.

En las naciones aristocráticas sucede algunas veces; que el cuerpo obra como por sí mismo, mientras que el alma está sumergida en un reposo molesto. En ellas el pueblo mismo deja ver gustos poéticos, y su espíritu se lanza algunas veces mas allá y por encima de lo que le rodea. Pero en las democracias el amor de los goces materiales, la idea de la perfección, la rivalidad, el encanto próximo del buen éxito, son como otros tantos estímulos que precipitan los pasos de cada hombre en la carrera que ha abrazado, y le prohíben sepa-

rarse de ella un solo instante. Los principales esfuerzos del alma se dirigen siempre hácia este objeto; no porque la imaginación esté debilitada, sino porque se entrega casi exclusivamente á concebir lo útil y á representar lo real.

La igualdad no solamente desvía los hombres de la pintura de lo ideal, sino que disminuye el número de los objetos que pueden describirse.

La aristocracia, conservando la sociedad inmóvil, favorece la duración y entereza de las religiones positivas, y la estabilidad de las instituciones políticas; y no solamente mantiene en la fe el espíritu humano, sino que le dispone también á adoptar una con preferencia á otra. Un pueblo aristocrático se inclinará siempre á colocar poderes intermediarios entre Dios y el hombre.

Por todo esto se puede decir que la aristocracia se muestra muy favorable á la poesía, pues cuando el universo se compone de seres sobrenaturales que no están al alcance de los sentidos, pero que el espíritu descubre, la imaginación se siente mas dispuesta, y los poetas, hallando mil asuntos diversos que representar, encuentran espectadores, y aficionados sin número, pronto á interesarse en sus cuadros.

En los siglos democráticos, sucede algunas veces que las creencias fluctúan como las leyes. La duda

reduce entónces la imaginacion de los poetas á las cosas de la tierra, y los encierra en el mundo visible y real.

Aun cuando la igualdad no conmueva las religiones, ella las simplifica, y desvía la atencion de los agentes secundarios, para atraerla principalmente hácia el soberano dueño.

La aristocracia conduce naturalmente el espíritu humano á la contemplacion de lo pasado, y lo fija en él. La democracia por el contrario, inspira á los hombres una especie de disgusto, como de instinto, por todo lo que es antiguo; de modo que la aristocracia es en esto mas bien favorable á la poesia, porque las cosas engrandecen por lo regular y se ocultan á medida que se alejan; y bajo este doble aspecto se prestan mas á la pintura de lo ideal.

Despues de haber quitado á la poesia lo pasado, la igualdad le arrebató en parte lo presente.

En los pueblos aristocráticos hai un cierto número de individuos privilegiados, cuya existencia está, por decirlo así, fuera de la condicion humana; el poder, la riqueza la gloria, el espíritu, la delicadeza y la distincion en todas las cosas parecen pertenecer á aquellos en propiedad. La multitud no los ve jamas de cerca, ni los sigue en los detalles, y mui poco es preciso hacer

para volver poética la pintura de estos hombres.

Por otra parte, las clases ignorantes, humildes y serviles que existen en esos mismos pueblos, se prestan á la poesia por el exceso de su tosquedad y de su miseria, como las otras por su extrema finura y su grandeza. Ademas, estando mui separadas las diversas clases de que se compone un pueblo aristocrático y conociéndose mal entre sí, la imaginacion puede siempre al representarlas agregar ó disminuir alguna cosa á la realidad.

En las sociedades democráticas en que los hombres son todos pequeños y mui semejantes, viéndose cada uno á sí mismo, ve al momento á todos los otros. Los poetas que viven en los siglos democráticos no pueden tomar nunca un hombre en particular por objeto de su cuadro; porque el que sea de tamaño mediano y se perciba distintamente por todos lados no se prestará jamas á lo ideal. Está demostrado que si la igualdad se establece sobre la tierra agotará por sí sola la mayor parte de las antiguas fuentes de la poesia. Veamos, pues, ahora de qué manera puede ella procurar otras nuevas.

Cuando la duda despobló el cielo, y los progresos de la igualdad redujeron al hombre á proporciones mejor conocidas y mas pequeñas, los poetas,

no imaginando todavía lo que debieran poner en lugar de los grandes objetos que huían con la aristocracia, dirigieron su vista hácia la naturaleza inanimada y alejando de su idea los héroes y los dioses, emprendieron desde luego la pintura de los rios y de las montañas. De aquí nació en el siglo último la poesía que por excelencia se llama descriptiva.

Algunos han pensado que esta pintura, embellecida con las cosas materiales é inanimadas que cubren la tierra, era la poesía mas propia de los siglos democráticos; pero yo creo que este es un error, pues en mi concepto ella no representa sino una época pasajera.

Estoi convencido de que la democracia desvía con el tiempo la imaginacion de todo lo que es exterior al hombre, para fijarla en el hombre mismo. Los pueblos democráticos pueden entretenerse un momento en considerar la naturaleza; pero no se animan realmente sino á la vista de sí mismos, y solo por esta parte se encuentran en ellos las fuentes naturales de la poesía; aun puede creerse que los poetas que no quieran recurrir á ellas, perderán todo su imperio sobre el alma de los que pretenden hechizar, y acabarán por no tener mas que frios testigos de sus trasportes: he hecho ver de qué manera la idea del progreso y de la perfectibilidad

indefinida de la especie humana era propia de los siglos democráticos.

Los pueblos democráticos no se ocupan absolutamente de lo que ha pasado, pero meditan y aun sueñan en lo que será; en este sentido, su imaginacion no tiene límites, y se estiende y aumenta sin medida. Esto presenta un vasto campo á los poetas y les permite ver el cuadro de léjos; así, la democracia que oculta lo pasado á la poesía, le abre el porvenir.

Como los ciudadanos que componen una sociedad democrática son casi iguales y semejantes, la poesía no puede fijarse en ninguno en particular; pero toda la nacion se ofrece á su pincel. La semejanza de todos los individuos, que hace á cada uno separadamente impropio para objeto de la poesía, permite á los poetas encerrarlos á todos en una misma imágen, para considerar el pueblo mismo. Las naciones democráticas divisan con mas claridad que todas las otras su propia forma, y esta grande forma se presta maravillosamente á la pintura de lo ideal.

Convendré fácilmente en que los americanos no tienen poetas; pero no por eso admitiré que carezcan de ideas poéticas. En Europa se ocupan mucho de los desiertos de la América, y los americanos ni aun piensan en ellos, pues se mues-

tran insensibles á las maravillas de la naturaleza inanimada y no ven, por decirlo así, los admirables bosques que los rodean sino cuando caen bajo sus golpes. Su vista está fija en otra cosa, y el pueblo americano se ve marchar al traves de estos desiertos, desaguando las ciénagas, enderezando los rios, poblando la soledad y domando la naturaleza. Esta espléndida imágen de ellos mismos, no se ofrece tan solo de tiempo en tiempo á la imaginacion de los americanos, pues puede decirse que sigue á cada uno de ellos en sus mas mínimas acciones como en las principales, y que permanece siempre delante de su espíritu.

Nada puede concebirse tan pequeño, tan oscuro, tan lleno de miserables intereses, y tan antipoético, en una palabra, como la vida de un hombre en los Estados-Unidos; pero entre los pensamientos que la dirigen se encuentra uno lleno de poesía y que puede mirarse como el nervio oculto que da vigor á todo el resto.

En los siglos aristocráticos cada pueblo, así como cada individuo, propende á permanecer inmóvil y separado de los demas.

En los siglos democráticos, la extrema movilidad de los hombres y sus impacientes deseos, hacen que ellos cambien todos los dias de lugar y que los habitantes de diferentes paises se mezclen, se vean,

se escuchen y se imiten: no son solamente los miembros de una nacion los que se hacen semejantes, sino tambien las naciones mismas, y todas juntas no forman á la vista del espectador mas que una vasta democracia, en la que cada ciudadano es un pueblo. Esto descubre por la primera vez la forma del género humano.

Todo lo que tiene relacion con la existencia del género humano en general, con sus vicisitudes y porvenir, llega á ser una mina mui fecunda para la poesía.

Los poetas que vivieron en los siglos aristocráticos hicieron admirables pinturas, tomando por objeto ciertos incidentes de la vida de un pueblo ó de un hombre; pero ninguno de ellos se atrevió jamas á representar en su cuadro los destinos de la especie humana, miéntras que los poetas que escriben en los siglos democráticos pueden emprenderlo.

Cuando cada uno, elevando su vista mas allá de su país, empieza á descubrir la humanidad en sí misma, Dios se manifiesta al espíritu humano en su plena y entera majestad.

Si en los siglos democráticos la fe en las religiones positivas es frecuentemente vacilante, y las creencias en los poderes intermedios, cualquiera que sea el nombre que se les dé, se oscurecen,

tambien sucede por otra parte que los hombres se hallan dispuestos á concebir una idea mui vasta de la Divinidad misma, y su intervencion en los negocios humanos aparece con nueva y mayor claridad.

Considerando el género humano como una sola masa, conciben fácilmente que un mismo designio preside á todos sus destinos; y en las acciones de cada individuo reconocen la huella de ese plan general y constante, por el cual Dios conduce la especie. Esto puede considerarse como otra fuente abundantísima de poesía en estos siglos.

Los poetas democráticos parecerán siempre pequeños y frios si pretenden representar los dioses, los demonios ó los ángeles con formas corporales, ó si los hacen descender del cielo para disputarse la tierra; pero si quieren atribuir los grandes acontecimientos que describen á los designios generales de Dios sobre el universo, y sin mostrar la mano del soberano dueño, hacer penetrar en su pensamiento, serán admirados y comprendidos, porque la imaginacion de sus contemporáneos sigue por sí misma esta senda.

Se puede prever igualmente que los poetas que viven en los siglos democráticos pintarán las pasiones y las ideas, mas bien que las personas y los hechos.

El lenguaje, los usos y las acciones diarias de los hombres no se prestan en las democracias á la imaginacion de lo ideal. Tales cosas no son poéticas por sí mismas, y aun cesarian de serlo por la razon sola de que son demasiado conocidas de aquellos á quienes se quisiese hablar de ellas. Esto obliga á los poetas á penetrar mas adentro de la superficie exterior que los sentidos descubren, á fin de vislumbrar el alma misma; y no hai nada que se preste mas á la pintura de lo imaginario que el hombre contemplado de este modo en lo profundo de su naturaleza inmaterial.

No tengo necesidad de examinar el cielo ni la tierra para descubrir un objeto maravilloso lleno de contrastes, de grandeza y de pequeñeces infinitas, de oscuridades profundas y de singulares resplandores, capaz á la vez de hacer nacer la piedad, la admiracion, el desprecio y el terror; no tengo mas que considerarme á mí mismo: el hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y va á desaparecer para siempre en el seno de Dios; solo un momento se le ve vagar en el extremo de los dos abismos en que se pierde.

Si el hombre se ignorase completamente, no seria poético; porque no puede pintarse lo que no se conoce. Si se viese claramente, su imaginacion permaneceria ociosa y nada tendria que agregar al

cuadro; pero el hombre está bastante descubierto para que pueda percibir algo de sí mismo, y demasiado oculto con el velo del destino, para que el resto se sumerja en tinieblas impenetrables, donde busca sin cesar y siempre en vano, á fin de acabar de conocerse.

Jamas debe esperarse que en los pueblos democráticos la poesía viva de leyendas, que se alimenta con tradiciones y antiguos recuerdos, que pretenda volver á poblar el universo de seres sobrenaturales, en que ni los poetas ni los lectores creen, ni que personifique virtudes y vicios que quieran verse bajo su propia forma. Todos estos recursos le faltan, pero le queda el hombre y esto basta para ella. Los destinos humanos, el hombre, prescindiendo de su tiempo y de su país, y colocado en frente de la naturaleza y de Dios, con sus pasiones, sus dudas, sus prosperidades inauditas y sus miserias incomprensibles, vendrá á ser para estos pueblos el objeto principal y casi único de la poesía; y de este ya puede asegurarse, si se consideran los escritos de los mas grandes poetas que han aparecido desde que el mundo se dirige hácia la democracia.

Los escritores que en nuestros dias han reproducido tan admirablemente las acciones de Child-Harold, de René y de Jocelyn, no han pretendido

referir los hechos de un hombre, sino iluminar y engrandecer ciertas faces del corazon humano todavía oscuras.

Tales son los poemas de la democracia. La igualdad, pues, no destruye todos los objetos de la poesía, sino que los hace ménos numerosos y mas vastos.